

Yo no los maté

Por Lamberto Roque Hernández

En Memoria del Abuelo Malaquías.

Sígame platicando pues, no sea cabrón, porque estar solito aquí, esta de la mera chingada...

No me gustaba ir a hacer esos trabajos. Había ocasiones en que temblaba y sudaba. Me entraban calenturones que solo se me bajaban al darme un baño en agua caliente alcanforada, y plasmas con hojas de *botonxiuite* que la mujer me ponía en la nuca. Me rociaba con mezcal y me



envolvía en las cobijas. Así me quedaba tendido, pensando en lo que vendría, y en por qué lo hacía. Me decía a mí mismo, que ni siquiera me pagaban. Y ¿Quién? Todos éramos muy pobres en dinero. Éramos agricultores. Gente del campo pues. De repente hasta me entraban ganas de mandar todo a la mierda y solo seguir con mis trabajos de labranza, tranquilo, sin que nadie se metiera conmigo ni que me llamaran para hacer esas

chingaderas. Pero según, ya estaba marcado para eso. Porque dicen que uno nace para algo y así me había tocado a mí.

¡Cabrona vida!

Gracias a Carmen, no me ahogué en mi propio sudor. Ella y sus manos mágicas me arrancaban de esos desvaríos de miedo. Me decía que tenía que agradecerle a su abuela Juana, pues fue ella la que le enseñó a curar con hierbas y menjunjes. Cada que me ponía así, me decía que

eran las almas de los que me habían *echado* antes las que me perseguían. No estaban en paz algunos de ellos. Les costaba trabajo irse por completo de su mundo. O simplemente querían asustarme para que poco a poco me fuera enfermado y un día petatearme. Así, me decía la Carmen, tan buena mi mujer, tan sabia para todo. Así era cada que me curaba.

Después de que me sanaba, o más bien cuando ya se me pasaban los sustos anticipados, a la hora de estarme *alistando* para ir a pegarle un flamazo en la frente a alguien, yo me sentía un poquito más tranquilo. Yo si pienso, que eran las penas de los otros las que me jodían. A lo mejor querían detenerme para que no saliera a hacer más pendejadas. Yo a veces no sabía ni con quien tenía compromiso, si con Dios o con el diablo. Pero así era.

...y ni modos compadre, pues ansina era compadre.-

Los días cuando tenía que cumplir un compromiso, era duro alistar mis *trastes* a sabiendas que en un rato más, de un fogonazo, le estaría quitando la vida a un ser humano. Aunque no me lo creas, los persignaba. Hubo veces en las que hasta las rocié con agua bendita. Porque en esos andares, cada quien se protege como puede, y se encomienda a quien más fe le tiene. Ahí sí que como dice la canción del difunto José Alfredo, *No vale nada la vida, / la vida no vale nada, / comienza siempre llorando y así llorando se acaba / por eso es que en este mundo / la vida no vale nada*. No es fácil ver a un hombre patalearse aunque así le tengas un coraje brutal. ¿Quién es uno para pararlos ahí? Pero en ese ratito, uno no piensa, se te borra todo y lo único que está en la cabeza es que no quieres ser tú el que caiga al suelo revolcándose. Todo es cuestión de un ratitito antes de que se lo lleve a uno la chingada, o al otro, depende, depende.

-Sí compadre, es cierto, es cierto.-

Mira que lo más duro es cuando ya caen. No es lo mismo que ver caer una rama de árbol. No es un animal el que se revuelca, o el que se queda tendido, con los ojos volteados. Se ve feo, y se siente gacho. Los miras que se quedan quietecitos, y te les acercas para asegurarte que no te buscarán algún día. Ahí están, idos. De repente te das cuenta que te están mirando, aunque con los

ojos bien perdidos. Hay los que te ven con tristeza. Hay los que aún tienen el coraje arrugándoles la cara. Hay los que te ven aterrorizados, como si de repente se hubieran dado cuenta que sin querer hasta ahí llegaron. Y pues ni modos uno tiene que tener valor y hablarles para decirles que les tocó a ellos. Hay que persignarlos y cerrarles los ojos. Todo es cuestión de suerte en ese rato. Es cosa de puntería.

Según la creencia, los que lo ven a uno con lástima son las que no te dejan ir del lugar. Y si no sabes cómo quitártelos de encima, es cuando te enfermas de susto. Si eres cobarde, te vas sin encaminarlos con una señal de la santa cruz. Con el tiempo, se te aparece el muertito en los sueños y a cualquier rato, y donde sea. No se duerme bien, se te van las ganas de comer y te pones triste y te vas quedando seco hasta que te mueres. Por eso mismo, hay que tener valor y acercárseles, santiguarlo y ponerlo boca abajo. Solo así te quitas la mirada de encima y puedes caminar.

Sabes que el cabrón de Epifanio Montaner, ese que venía de Santa Lucía a abusar a las mujeres de aquí, el día que me le paré de frente para decirle que ya eran chingaderas las que hacía, y que no nos gustaba que llegara al pueblo y que le tuvieran su comida preparada, y que después se llevara a la mujer que quería, se rió de mí y me dijo burlándose, “*cállate chamaco pendejo, pégale a mi suerte, mira mejor vete por ahí a jugar antes de que te agarre a fajazos*”. Lo reté ahí mismo. Me tiró a loco y se fue con sus amigotes. Riéndose, carcajeándose y abriéndose paso a sus anchas. ¡Todos le tenían miedo compadre! Hasta el puto de don Crecencio quien se creía el más chingón del pueblo, cacique cabrón.

Pinche Epifanio compadre, esa misma noche, antes de que quemaran el castillo para



celebrar al señor de Esquípalas, ahí debajo del laurel, enfrente de toda la gente que salía de misa le metí solamente uno de máuser en la meritita frente. Claro, que le hablé de frente. Aunque déjeme decirle que temblaba al verlo como se reía y se llevaba la mano a la cintura. Era muy rápido, y eso lo hacía el único, y por

esa rapidez que tenía en su mano chueca pues nadie lo había tumbado. Y en esos tiempos, todos nos tirábamos de frente y sin ventajas, eso era el chiste, de esos agarrones salían los mejores tiradores.

Esa noche de la fiesta, ahí mismo, lo quemé en un abrir y cerrar de ojos. Ahí merito empecé, tumbándome a ese pinche abusivo. Ni cuenta me di de lo rápido que lo hice. Pues había practicado con mi tío Sergio por muchas veces, pero nunca le había tirado a un cristiano. Le había ganado en rapidez, esa bendición que algún ser me regaló, y que me cambió la vida para siempre.

El pendejo se dobló despacito. Poquito a poquito hasta que tocó la tierra. Me acuerdo como si fuera ahoritita mismo, que la luz de las llamaradas que habían prendido los *chirimiteros* nos alumbraban clarito, y así mismito le vi los ojos, abiertos, grandes, como si no creyera que *aquel chamaco pendejo* al que había mandado a la chingada en la tarde lo había parado ahí nomás. Sí, sí ahí se quedó quietecito, en frente de sus pistoleros cobardes que al verlo caer salieron corriendo y en frente de todos los de mi pueblo a los que los traía azorados con sus desmadres que hacía. De ahí en adelante, su puntería endiablada para disparar era cosa de antes.

Y mira que el pobre *no se quería ir*, y de todos los mirones, y más los que se creían valientes, nadie se animaba acabarlo. Se echaron para atrás. Cuando me le acerqué para acabarlo, vi que traía un escapulario de la virgen de Juquila en el pescuezo. Se lo arranqué. Entonces suspiró hondo y cerró los ojos. Ya no tuve que hacer nada. Me di cuenta que había un silencio como el de aquí en donde estamos. Y no sé de donde me salió esa voz diferente compadre. Me sentía otro. Grande. Fuerte. Respetado. Y ahí mismo les di la orden, “aquí no pasó nada, limpien como si ni hubiera pasado nada. Traigan al *Chango* para que cargue este cabrón. Llévenselo alguna parte, entiérrenlo o tírenlo o haber que hacen”, les dije.



Me recuerdo que el viejo Valente, me sirvió un jomatito de mezcal para que se me pasara el susto. El tamborillero del pueblo empezó a tocar *el torito*, y la gente siguió su camino. La fiesta siguió por los otros días como si nada.

Esa noche me estrené y de ahí pa'l real la gente del pueblo me respetó. Y la cabrona fama se empezó a regar en los alrededores. Me llegaron las visitas. Me llovieron los regalos. Me buscaban para compadre. Me cuidaban la espalda. Los caciques pensaban dos veces antes de

pasarse de listos con los peones. ¡Me empezaron a llover también las hembras compadre! pero con mucha razón.

Digo... a todos les tiré de frente y les di una razón del por qué les había llegado. A ninguno de ellos agarré a la mala sin que siquiera supieran quien les retaba. Les daba tiempo a que se defendieran. Eso de agarrarlos a la mala, con ventaja, sin nada con que defenderse o por atrás, es de cobardes. Jamás embosqué a nadie. Casi todos se me pararon a lo macho. Eso era lo que me gustaba.

Aunque déjame decirte una cosa, algunas veces, como queriendo o no, muy adentro de mí sentía alivio al pensar que con uno de ellos si me tocaría. Siempre pensé que para cabrón, hay cabrón y medio. Por ahí de seguritito andaba el que me quitaría de allá arriba. Pero pasaba que en cuestión de un ratito y en un abrir y cerrar de ojos ya los chingaba. Era la mano del diablo la que me hacía tan rápido como me dijo la Carmen un día.



Yo no los maté Fue el cabrón chamuco.

Aunque mira, ya no me acuerdo cuantas veces había tratado de mandar todo y a todos a la chingada, y vivir en paz. Pero Carmen me dijo un día que cada uno nace para hacer lo que tiene que hacer, que ya está uno marcado desde que la partera le corta a uno la tripa que lo amarra a uno a la madre. Así me conoció Carmen.

Cuando le pedí que se fuera conmigo, le advertí que a lo mejor prontito se quedaría sola por la vida que me cargaba encima. Y así me aceptó Y le dije también que tenía un *vicio* muy grande que eran las mujeres, y me dijo que ella sería la única de la casa, y que a las de la calle las mantuviera afuera, donde les correspondía. Chingaos, yo no entiendo porque era tan buena

conmigo. Hasta la fecha, me sigue trayendo flores. No me detenía, siempre me quiso tal y como yo fui, solo me decía que me cuidara, y que ella se encargaría de decirme cuando yo no tendría que salir. Pero ya eso no podía ser posible. Una vez metido en ese camino, ya no se puede uno desviar. Ya estaba marcado.

Yo sabía que tarde o temprano también a mí me iba a llegar de por donde menos esperara y de quien menos pensara. De seguido me repetía ese dicho que dice que “*el que a hierro mata a hierro muere.*” Yo estaba convencido. Alguien iba a tener el valor de cobrármelas, una por una. Ya fuera a la buena o a la mala. Solo era cuestión de tiempo. Aunque casi estaba seguro que cualquiera que lo haría me retaría de frente. Conmigo era distinto, no les convenía chingarme a la mala. Lo que ellos querían era agarrar la fama de haberme quebrado como se debía de hacer conmigo.

A veces pensaba que en una de tantas, iba a ser una de mis queridas la que iba a traicionarme. A lo mejor iba a desarmarme en la cama para que alguno de mis enemigos me vaciara un Máuser por la espalda estando yo encuerado. Tal vez, una de mis mujeres me iba a apuñalar por encargo. A lo mejor uno con mejor puntería que yo se iba a encargarse de mí y me iba a hacer lo mismo que yo les había hecho a otros, darme un solo beso en la frente. Justo en medio de los dos ojos.

Fantaseaba con que algún hijo o familiar de algún difuntito, así como en las películas, crecería y me buscaría para vengarse. Solo la virgen sabia sabía, y ella no raja, nos cuida, aunque a veces se entretiene por ahí, y es cuando pasan las de malas.

Aunque ni pensando así me daba miedo o me cuidaba de más. Trataba de vivir lo más natural que podía. Si algo iba a pasarme, pues era cosa de mi suerte, una enchuecada del destino de esas que ninguno puede enderezar. Un día me decidí y me dije, no tengo porque esconderme.

Eso sí, no tenía pensado morirme de viejo. Ni quería terminar mis años, tosiendo y escupiendo gallos por todas partes. Eso era a lo único que le temía. Algunas noches no dormía, no tanto por la conciencia mía sino por imaginarme acabado, un bueno para nada, porque así lo dejan

a uno los últimos años, arrinconado por ahí, junto a los costales viejos, junto a los baúles apolillados y llenos de memorias. Con los huesos entumidos y astillados sin dejarlo a uno moverse a gusto. Me entraba terror cuando me imaginaba medio ciego, agarrado de un pedazo de palo, persiguiendo a lo puro pendejo, sombras por el pueblo.

Los hombres tenemos miedo a ponernos viejos.

-Si compa como no-

No quería causar molestias.



Quería que me recordaran como era en mis buenos tiempos. Cabrón. Con mi botella de mezcal en una mano, mi Máuser en la otra, mi jorongo cruzado, mi machete en la cintura, y con mis mujeres, mis hermosas hembras. Bailador. Naipero. Montado en mi yegua alazana. Quería que cuando me llevaran a enterrar, mis damas y mi montón de hijos me lloraran de verdad y no por obligación. Y mira que así pasó compita, así me trajeron hasta aquí.

Acuérdate, no maté a ninguno de esos pobres por gusto. Eran tiempos difíciles, sin leyes, cuando había que proteger los terrenos, los ladrones entraban de noche a llevarse el ganado. Abusaban de nuestras hijas, de nuestras mujeres. Y la ley solo era de los que la compraban. Y nosotros los pobres pues aprendimos a defendernos. Por eso digo que yo no los maté.

- Aaahhh, hace un chinguero de frio compa, y esta cobija que me echaron ya está bien gastada. Sígame platicando pues, no sea cabrón, porque estar solito aquí, está de la mera chingada. –

** Todos los dibujos incluidos con el cuento son parte de la obra de Lamberto Roque Hernández.